

# EL BRUJO

Por

Pierre CHILI



SE PARECIA vagamente a una lechuza. Los marineros le abrían paso con venerable respeto.

“Pa’ mí que tiene pacto con el diablo. Bote que corre no pierde “renunca”.

Días antes de las regatas, el guardián “brujo” se trepaba a los calzos de “su bote” al que le suavizaba las quillas y el vientre panzudo con lija y con un unguento fabricado por él mismo en un rincón apartado del buque. Unos aseguraban que aquel unguento era mágico, compuesto de mezclas extrañas entre conjuros. No podía ser de otra manera, pues no se explicaba cómo un bote pesado y barrigudo podía ganar a cuantos le disputaran la delantera en las regatas. Desde el Mediterráneo a la China, desde Gebelk-Tarik a Shangtung, habían caído vencidos por el bote de la “Baquedano” los ingleses del “Talbok”, del “Andrómeda” y del “G’lory”; el austríaco del “Kaiserine Elizabeth”; el italiano del “Marco Polo”; el alemán del “Hansa” y los portugueses del “Adamastor” y “Vasco de Gama”.

Cierto es que los bogas chilenos eran de las tallas vigorosas del marinero Daniello, tripulante del bote “invicto” y años más tarde oficial de mar; pero ni aun con esto resultaba comprensible que siempre

triumfara frente a adversarios de las mejores marinas del mundo. Algo de “brujería” tenía que haber de por medio... El Brujo lo sabría de seguro: a él se le debía el éxito no interrumpido; pero no lo revelaba, no hablaba con nadie: caminaba constantemente con la cabeza gacha, abstraído y enigmático.

¡Que es harto rarífico el guardián Brujo! ¡No destapa la escotilla de la boca ni para estornudar siquiera!

El día de las regatas, el Brujo se tornaba más enigmático que nunca. Trepado en los calzos del bote, le pasaba, cejijunto y misterioso, la última mano de su unguento, no dejando ni una pelusilla sin su lija.

Arriado y ya en el agua el bote, tomaba la larga caña del timón y, de pie en la popa, se dirigía a la meta marcándole con pronunciados vaivenes de su cuerpo el compás de los remos a los bogas. Una ancha faja roja en la cintura era la insignia del “invencible” Brujo.

Los botes alineados en la meta y “paleando” de continuo para mantener sus posiciones en la partida, eran unos inquietos corceles cientopieses frente a las huinchas.

Sonaba un pistoletazo:

—¡Ya-a-a!

Como una saeta partía el bote de la "Baquedano". Sus remos se blandían frenéticos. El Brujo se inclinaba acompasadamente hacia adelante y hacia atrás, comunicándoles a los bogas su ritmo vigoroso. Burbujeaba el agua remecida por las palas coléricas de los flexibles fresnos.

Al principio era una lucha sin ventajas aparentes; pero luego la proa del bote "invicto" comenzaba a "ganar mar" poco a poco, hasta sobrepasar destacadamente a sus competidores.

—¡"Baquedano"!... ¡"Baquedano"!  
—¡Un cuerpo de bote adelante!  
—¡"Baquedano"!  
—¡Cuerpo y medio!

Nuestro bote seguía avanzando impetuoso, rezagando al inglés, al alemán, al italiano, al austríaco, al portugués. Un escalofrío jubiloso nos estremecía.

—¡Dos cuerpos adelante!  
—¡"Baquedano"!... ¡"Baquedano"!

¡Seguía avanzando en una fuga inalcanzable y blandiendo rápido, como en un vuelo, las alas descarnadas de sus remos!

Ya llegaba a la meta. Un pistoletazo... ¡Pump!

—¡"Baquedano"!... ¡"Baquedano"!  
¡Viva Chile, miéctica!

El Brujo cesaba de ser un "péndulo" en la popa.

—¡Proa!, ordenaba.

Los dos remos delanteros se alzaban.

—¡Izar el gallo, niños!, disponía el Brujo con una sonrisita en su cara de lechuza.

El par de proeles extrañan del fondo una banderola, en la que se dibujaba un gallo cacareador y arrogante. La izaban con orgullo.

Cuando el bote regresaba a la "Baquedano", era saludado con un clamoreo de vítores a su paso por el costado.

—¡Viva el Brujo!, gritaba más de un grumete, convencido de que el triunfo se debía más a sus conjuros y ungüentos que al empuje de los bogas.

Saludaba con un brazo arqueado, apoyando unos dedos torcidos en la frente. ¡Hasta en la venia militar, era marino el Brujo! Mientras más arrevesada y estrafalaria la venia, más sales de mar corrían por sus arterias.

Le "llegó" su mala hora al bote... ¡Qué derrota más vergonzosa! El pobre Brujo no se asomó durante un tiempo por cubierta, salvo lo estrictamente necesario al servicio. Se derrumbó su prestigio. Bien pudo decirle uno de los que creían en sus maleficios:

—Creo que haría un buen negocio si en tierra vendiera ahora su ungüento, para engrasar carretas.

La desgracia fue en Wei-Hay-Wei, puerto chino, en el cual se hallaba el "New Orleans", crucero norteamericano y poseedor de una falúa especialmente construida para regatas: fina eslorá, livianas bancadas, casco delgadísimo y quillas que eran unos cuchillos. En cambio, el bote de la "Baquedano" era de los corrientes en un buque: pesado, rechoncho y desprovisto de la finura inherente a las embarcaciones diseñadas exclusivamente para carreras.

El mismo día del arribo de la "Baquedano" al puerto chino ya nombrado, llegó a su bordo uno del "New Orleans" a desafiar a unas regatas con apuestas en dinero. Eran unos profesionales: profesional la falúa y el sistema. Se discutieron las condiciones: los chilenos aceptaban siempre que los del "New Orleans" corrieran en un bote semejante al nuestro, es decir, del servicio usual en los buques y no en una falúa especial. Se negaron los norteamericanos: con tales condiciones el triunfo les sería dudoso. Los chilenos, alentados por sus victorias anteriores, admitieron el desafío contra la falúa, lo que equivalía a una carrera entre un galgo y una tortuga.

Partieron las dos embarcaciones. Desde la meta la falúa tomó una ventaja considerable: era un automóvil midiéndose con un carretón. A media cancha iba apenas el bote de la "Baquedano", cuando ya el del "New Orleans" cruzaba la meta de llegada. ¡Qué vergüenza! Nuestros bogas, en sus esfuerzos desesperados, arqueaban los remos hasta romperlos. Inútiles sus empeños. El Brujo se inclinaba hacia adelante y hacia atrás con unos bríos soberbios. Sus ungüentos y conjuros de nada servían: un fracaso estupendo.

Los norteamericanos en el "New Orleans" gritaban y silbaban como unos energúmenos. Parecían pifiarnos, con-

juntamente con celebrar la victoria de ellos. Deseos: daban de apuntar los cañones o de zambullirse en el mar para ocultar la vergüenza. ¡Cómo piteaba el buque norteamericano, despiadado y sin las gentilezas del vencedor!

Al llegar el Brujo a la "Baquedano", se produjo a bordo una tormenta, mientras todavía seguía piteando clamoroso y pitorreador "el yanqui".

—¡Que el contador don "Pancho" Rojas nos pague el sueldo de todo un mes, —decían algunos marineros—. Y así como ellos llegaron con un saco de dólares a apostarnos, vamos al crucero yanqui y los desafiamos a una carrera con botes propios de los buques! ¡A ver si nos ganan!

Hubo de intervenir el comandante: no admitiría una nueva regata, la que ya sería inamistosa. De buenos deportistas era conformarse con las derrotas.

Bueno para decirlo: el escozor quedó vivo, a pesar del "espíritu deportista".

Pero la "Baquedano" se vengaría del norteamericano. El 4 de julio de 1904 se encontraban en Chemulpo, puerto principal de Corea, y en donde no hacía mucho los japoneses habían hundido al "Variag" y al "Korietz", buques rusos.

Aquel día era el aniversario de los Estados Unidos, por lo que el comandante del gran crucero acorazado norteamericano "Cincinnati" quiso celebrar aquella festividad de su país con unas regatas internacionales. Esta vez se estipuló que participarían tan sólo botes del servicio ordinario de los buques. A la meta se presentaron embarcaciones japonesas, norteamericanas, alemanas, inglesas, austríacas, portuguesas y la chilena. (Eran los tiempos de la guerra ruso-japonesa y de la concentración en el Oriente de unidades navales de casi todos los países de Europa).

El Brujo se dirigió a la meta de partida, sin ánimos: aún lo torturaba la derrota ante la falúa yanqui. "Por si acaso"

uno de los tripulantes del bote escondió la bandera con el gallo bajo una bancada.

Un cardumen de botes. Todos los buques eran palcos, desde donde millares contemplarían la interesante lucha internacional. El "Cincinnati" probaba sus pitos y sirenas.

—¡Partieron!

—¡Apúrale "Baquedano"!

—¡Adelante el "Cincinnati"!

—¡"Baquedano" quinto o sexto!

—Siempre adelante el "Cincinnati".

—(¡Brujo de porquería!).

—¡¡"Baquedano"!!

Como si oyera el querido bote...

—¡"Baquedano" entrando!

Avanzaba arrebatador, en lucha encarnada con sus vecinos...

—¡Segundo "Baquedano"!

La lucha se estableció con el bote norteamericano que iba adelante uno o dos cuerpos.

—¡Cárgale "Baquedano"!

En cada "paleada", metro por metro, ganaba mar el Brujo.

—¡Ya alcanzó al "Cincinnati", ¡¡Lo dejó atrás!! ¡"Baquedano"!

—Un cuerpo adelante... dos... tres adelante... ¡Pamp! (El pistoletazo de llegada).

No sé que tienen que ver los pelos de la cabeza con los nervios; lo cierto es que nos tiraban de ellos. ¡Qué júbilo!

Sin nadie ponerse de acuerdo, todos se fueron a los pitos y a las sirenas del buque y, recordando al "New Orleans" en Wei-Hay-Wei, se formó una batahola frenética de gritos, silbidos, piteos y de campanazos repiqueteados.

El Brujo recobró su prestigio.

—Cuando este Brujo se muera —pudo decir un grumete— le va a apostar en el aire unas regatas a las brujas, a caballos de sus escobas, cuando le ordenen irse al infierno... Y se las va a ganar, de seguro.